

CONCILIO Y POBREZA

J. García Pérez S. J.

LA convocación y primera sesión del Concilio, han acentuado en la Iglesia el deseo de reforma. Sin miedo alguno, sin compromiso de ninguna clase, los Obispos están sometidos a las realidades humanas de la Iglesia a un profundo examen. Los objetivos son amplios y generosos: revitalización de estructuras, sustitución de algunos elementos humanos, menos adecuados a la hora presente, limpiar manchas y hacer desaparecer arrugas que el paso del tiempo deja siempre en el rostro terreno de la Iglesia.

Ofrecemos hoy unas reflexiones del Cardenal Lercaro y del Obispo de Arras (Francia) sobre la pobreza. Reflexiones nacidas y expresadas en el seno del Concilio. Con sencillez evangélica, los Obispos buscan en su vida de pastores de una Humanidad humilde y doliente, posibilidades y expresiones concretas de mayor adaptación. Este gesto suyo, que hace brotar en nosotros un mayor respeto hacia ellos, encierra tam-

bién una lección para nosotros. Su exhortación quieren vaya acompañada por su propio ejemplo.

“Después de veinte siglos de Cristianismo, no debería sentirse vergüenza de ser pobre. ¿O es que hemos traicionado a Cristo?” (Bernanos).

La actitud de nuestros Obispos, supone para nosotros, Sacerdotes, religiosos, seculares, una invitación a vivir un catolicismo íntegro, más de acuerdo con las necesidades del momento. Sería ilógico en nosotros soñar reformas de “los demás”, si no concretamos en nuestra propia persona y ambiente las exigencias del Evangelio.

La pobreza en la Iglesia

Alocución televisada de S.E. el Cardenal Lercaro.

“Mi pensamiento, o más bien podemos decir, el pensamiento de gran nú-

mero que han escuchado con profunda emoción y alegría las palabras del Papa en su discurso del 11 de octubre que es ciertamente para el Concilio un discurso-programa: "La Iglesia es la Iglesia de todos, pero hoy más que nunca es la Iglesia de los pobres"; mi pensamiento, digo, como el de un gran número de personas se ha detenido sobre estas preciosas palabras, porque, como tantas otras del Santo Padre, traen a la luz un aspecto actual del mundo y atraen la atención sobre un punto de capital importancia en la vida de la Iglesia. Quisiera notar que en estas palabras se pueden distinguir tres grandes realidades que resumo con gusto en una expresión feliz, oída de labios de algunos: el misterio de la santa pobreza en la Iglesia de Dios.

El sentido de la pobreza en la Iglesia

Este misterio, en mi humilde opinión, implica ante todo un problema teológico: ¿Cuál es el significado de la



pobreza en la Iglesia? Aquí no solamente se quiere preguntar qué lugar tienen los medios humanos en el reino de Dios; la Iglesia, en efecto, afirma con el Apostol Pedro: "No tengo oro ni plata pero te doy lo que tengo"; y sin embargo la experiencia parece enseñar que los medios materiales son necesarios. ¿Qué lugar pues, hay que darle? Pero antes de responder a esta pregunta, parece conveniente responder a esta otra: ¿Qué sentido tiene la pobreza en la Iglesia?

Es innegable que la pobreza fue elegida por el Hijo de Dios encarnado, Quien siendo rico se hizo pobre. Esta elección la mantuvo constantemente a lo largo de su vida, desde la gruta de Belén hasta la desnudez de la Cruz. Además, predicó la pobreza; hizo de ella una exigencia indispensable para ser discípulo suyo: "Si alguno no renuncia a sus posesiones, no puede ser mi discípulo" (1).

Aquí me parece que reside ante todo el misterio de la pobreza en la Iglesia; misterio que por lo demás no está ligado solamente a sus orígenes apostólicos sino a toda su historia; de forma que las grandes épocas de grandes movimientos de renovación interior y de reforma en la Iglesia y los momentos más dichosos de su expansión en el

mundo corresponden siempre a momentos y épocas en que el espíritu de pobreza se ha afirmado y vivido de una manera más manifiesta. En la práctica de la pobreza es donde con toda certeza aparece más claramente la posición superior y única de la Iglesia, la cual está en el mundo pero no es del mundo.

Presencia de Jesús en los pobres

Hay sin embargo otro aspecto que debemos considerar: la dignidad eminente de los pobres en la Iglesia, según la expresión de Bossuet, o mejor: la particular presencia de Jesús en los pobres: "Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; estuve sin techo y me recogisteis; desnudo y me vestisteis; enfermo, en prisión y me visitasteis... —¿Cuándo, Señor, te hemos hecho todo esto?. Cuan-
tas veces lo hicisteis a uno de estos pequeñuelos a Mí me lo hicisteis." Sería preciso profundizar en esta presencia singular de Jesús en el pobre, la cual podría resaltar más y ser comprendida de una manera más exacta a la luz de la presencia de Jesús en la Eucaristía y de su presencia en la Jerarquía. Tres diferentes formas misteriosas de presencia, pero de ninguna manera extrañas una a la otra.

La evangelización de los pobres

Pero en tercer lugar, no se podría hablar del misterio de la santa pobreza en la Iglesia de Dios sin hablar de la evangelización de los pobres. Es un misterio del Reino de Dios tan constante y profundamente inserto en sus tareas que no es posible subestimarlos en modo alguno. Ya en el Antiguo Testamento, el Mesías no es solamente el que opera los prodigios sino el que evangeliza a los pobres. Y éste, es, por así decir, el sentido y el sello de su consagración mesiánica. La evangelización de los pobres es cantada por la Virgen y significada con evidencia en el nacimiento en

(1) La pobreza de espíritu es condición indispensable para ser discípulo de Cristo. En qué medida esta pobreza de espíritu lleve consigo el abandono efectivo de las riquezas, depende en definitiva de los planes y exigencias que Dios tiene sobre cada uno.

Es claro que, ante las frases tan duras del Señor en el Evangelio contra los ricos, no pretendemos, mediante un sofisticado juego de palabras, servir a Dios y al dinero. Precisamente las frases del Señor nos hacen suponer lo difícilísimo que tiene que ser conservar el espíritu de pobreza si se vive en medio de la abundancia.

En todo caso habrá que renunciar y efectivamente al dinero en la medida que le aleje a uno de Dios o le impida, en términos de generosidad, servirle de una forma más perfecta.

Belén, en la aparición y llamada de los pastores y en toda la vida oculta. Es proclamada por Jesús como la tarea propia de su ministerio público. Será sancionada para toda la eternidad por una recompensa o una pena, después de la segunda venida gloriosa del Salvador.

Este aspecto del Reino de Dios, —la evangelización de los pobres—, responde a una necesidad actual inmensa y urgente. Por una parte, el mundo obrero, que en la mayor parte de las naciones en un mundo de pobres, está completamente alejado de Cristo y tiene necesidad de ser evangelizado de nuevo. Por otra parte, los dos tercios de la humanidad padecen hambre y esperan de la difusión del espíritu evangélico, un reparto más justo y fraterno, que resulta más urgente, por la dolorosa comparación con las formidables riquezas de que gozan solamente algunos... Finalmente en el mundo, tal y como está, hay más que nunca sed de riquezas y horror a la pobreza. Solamente el Evangelio puede restablecer las condiciones de equilibrio que permitan instaurar una paz verdadera entre los hombres. Y por otra parte, solamente la Iglesia puede anunciar este Evangelio: ¿Cómo oírlo, si no se predica? ¿Y cómo predicar, sin ser enviado a ello?, diría S. Pablo.

Pero hay alguien que tiene esta misión: La Iglesia. Por esto hemos escuchado con emoción la palabra del Papa ofrecida al Concilio como una directiva poderosa: "La Iglesia es hoy más que nunca, la Iglesia de los pobres", puesto que, frente al mundo actual en que la pobreza aparece como un fenómeno tan vasto y profundo, la Iglesia siente que ella tiene la posibilidad de aportar esta única buena nueva, que los pobres esperan y al mismo tiempo la Iglesia afirma que es su misión".

Etudes, febrero 1963, da un resumen del texto original de la intervención del Cardenal Lercaro en el Conci-

lio. El Cardenal, puso como ejemplo algunas reformas posibles:

"1. Que se limite el empleo de los bienes materiales, sobre todo el de aquellos que parecen menos conformes al espíritu de pobreza.

2. Que los Obispos, quienes las más de las veces son personalmente pobres, adopten un comportamiento y una presentación exterior, que no extrañen ni escandalicen a los pobres.

3. Que la pobreza de los religiosos no sea solamente individual sino comunitaria.

4. Que se abandone en la Iglesia una economía arcaica, que constituye un obstáculo para el trabajo apostólico" (2).

Iglesia y pobreza

Carta Pastoral del Obispo de Arras, Mons. Huyghe. 19 enero 63

"Puede parecer extraño, por razón de los temas que figuraban en la orden del día: liturgia, fuentes de la revelación, medios de comunicación social, Iglesia.

Puede parecer extraño pero es un hecho: se ha hablado bastante de pobreza en el Concilio.

(2) La pobreza comunitaria de los religiosos, está en la práctica ligada a determinadas necesidades sociales de la Comunidad y a estructuras jurídico-económicas que la condicionan. El abandono de una «economía arcaica», —propuesto por el Cardenal Lercaro—, traería consigo, en este campo, reajuste de estructuras de Iglesia y consiguientemente de las Ordenes Religiosas. Sinceramente deseamos que dicho reajuste permita a los religiosos, trabajar y aplicar los medios para conseguir su fin específico como Orden Religiosa, pero del modo más adaptado posible a las realidades y necesidades actuales del mundo.

La intervención más notable fue la del Cardenal Lercaro el 6 de diciembre. Os invito a leer el extracto de este discurso que publica este número de l'Eglise d'Arras.

Habitados a las tesis de los manuales de teología de nuestra juventud, nos quedamos tal vez algo desconcertados ante estas afirmaciones del Cardenal Lercaro.

Y sin embargo...

¿No decía el mismo Papa en el mensaje que dirigió al mundo entero un mes antes de la apertura del Concilio; "Frente a los países subdesarrollados la Iglesia se presenta tal y como es y quiere ser: La Iglesia de los pobres?"

En el curso de los tres meses transcurridos ante la presentación discreta de este tema y su orquestación poderosa por el Cardenal Lercaro, cuántas veces no se ha hablado de pobreza en la asamblea Conciliar y en la ciudad de Roma.

No pretendo dar aquí la lista completa de estas intervenciones pero séame permitido al menos, citar algunas de ellas.

Mons. Larrain, Obispo de Talca (Chile) y Mons. Gouyon, Obispo de Bayona han puesto el acento sobre la necesidad de una cierta pobreza en la celebración litúrgica. El primero ha insistido sobre el escándalo causado en países subdesarrollados por el lujo de las iglesias y de los ornamentos litúrgicos. El segundo ha sugerido que los Obispos den ejemplo de una mayor sencillez en sus vestiduras solemnes.

Los Obispos de países subdesarrollados, comprenden mejor que nosotros la importancia que tiene la pobreza para la Iglesia. Y a los europeos que marchan a esos países les golpea el contraste entre la miseria del pueblo y la ri-

queza, al menos aparente, de los lugares destinados al culto y de las escuelas católicas.

Dejémonos penetrar por todos estos textos.

Dejemos resonar en nuestros corazones las llamadas que ciertamente vienen del Señor. Dejemos que la luz viva del Evangelio, como el haz de rayos de un faro, ilumine todas las realidades de nuestra vida cotidiana.

Como Obispo, no puedo simplificarlo todo en un par de días, pero debo continuar planteándome cuestiones sobre los ornamentos que la costumbre me hace llevar en las ceremonias litúrgicas o sobre las muestras de honor que se me dan en los oficios y en la vida de todos los días.

Me alegra haber encontrado a mi vuelta a la diócesis un movimiento favorable a la simplificación de clases en bodas y entierros. La reglamentación sobre este punto, publicada a principio del mes de enero, nos ayudará a vivir mejor el espíritu del Evangelio.

¿Os diré también que no puedo por menos de plantearme el problema de las distinciones honoríficas diocesanas?. Nombraremos canónigos para la próxima Saint-Veast pero sé que un cierto número de sacerdotes aspiran a que llegue el día en que la mayor parte del clero sea favorable al abandono de una costumbre que no remonta más allá del siglo XIX y que revela más espíritu de mundo que espíritu de Cristo.

Sacerdotes, nosotros tenemos que plantearnos, por ejemplo, el problema de la ornamentación de nuestras iglesias. San Juan Crisóstono vendió varias veces los vasos sagrados para socorrer a los pobres. No se trata de imitarle literalmente, pero no debemos tampoco decir, demasiado deprisa, que no hay nada que sea demasiado bello o demasiado caro para la gloria de Dios, mien-

tras que dos hombres de cada tres mueren de hambre.

Religiosos y religiosas han hecho voto de pobreza. Pero como decía el Cardenal Lercaro ¿practican siempre la pobreza individual y colectiva?

Los laicos deben también plantearse cuestiones en este terreno. Están "engagés" en el mundo moderno, es verdad. Pero precisamente por eso, son ellos testigos de Cristo pobre en este mundo. tan ansioso por poseer.

Ni para los Obispos, ni para los sacerdotes, ni para los laicos, existe una solución uniforme.

No es mi papel aquí el imponeros nada concreto.

Pero hubiese tenido la impresión de no haber cumplido con mi deber, si no os hubiera comunicado estas reflexiones que han germinado y crecido en mí a lo largo de la primera sesión del Concilio.

Va en ello la autenticidad evangélica de nuestro Cristianismo.

Va en ello también la unidad de los cristianos, en la cual pensamos, especialmente en estos días de enero.

Arras, 19 de enero de 1963.

Gerard Huyghe, Obispo de Arras".

